

Solemnidad del Corpus Christi 6 de Junio de 2010

“Comieron todos y se saciaron”

La Eucaristía es el sacramento que más repetimos en nuestra vida cristiana, con el peligro de acostumbrarnos a ella cayendo en la rutina, olvidando su verdadero sentido, y desvirtuando su contenido. En el transcurso del tiempo la Eucaristía ha ido adquiriendo un carácter más cultural, más ritualizado, hasta el punto de olvidar el gesto humano que está en su origen y que expresa toda su fuerza significativa.

El signo externo de la Eucaristía es una de las experiencias más fundamentales del ser humano: el comer. Necesitamos comer para alimentarnos y subsistir. Pero comemos no sólo para nutrir nuestro organismo y mantener nuestras energías. Comer no es nunca un mero nutrirse: es siempre un acto comunitario y un rito de comunión. Estamos hechos para comer-con-otros, compartir, encontrarnos, fraternizar. Cuando la comida humana es banquete, encierra una dimensión de fiesta alegre y gozosa reviviendo un acontecimiento significativo en nuestra vida. Celebramos un matrimonio, un fin de carrera, un encuentro, una reconciliación sentados en torno a una mesa que nos une, y en donde no hay quien es más o quien es menos.

Hemos de reconocer que hoy nuestras eucaristías tienen poco de comida. Decimos he recibido al Señor, y no decimos lo he comido. Vamos en fila a comulgar sin un sentimiento de fraternidad de quienes comen en la misma mesa y el mismo pan. Montamos ceremonias más o menos solemnes, pero el ambiente de fiesta y de alegría está casi ausente. Cuidamos mucho el desarrollo del rito para dar un digno culto a Dios, pero poco nos compromete ser artífices de concordia para hacer un mundo más humano.

La Eucaristía, afirma el Vaticano II, es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (LG 11). Cristo nos dejó en memorial un pan partido y un vino repartido: su Cuerpo y su Sangre, vida entregada para llegar a una unión vital transformante: “Quien come mi carne y bebe mi sangre sigue conmigo y yo con él” (Jn 6, 57). Pan partido y vino repartido para muchos como vínculo de una auténtica fraternidad: “Como hay un solo pan, aún siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (1 Cor 10, 17). Unión vital con Cristo y estrecha comunión con los hermanos, actitud fundamental en una auténtica vida cristiana.

“Haced lo mismo en memoria mía” (1 Cor 11, 25). Cuando recibimos el encargo de Jesús de celebrar la Eucaristía en su memoria, no es sólo repetir el rito que realizó en la Última Cena. Es algo más. Es hacer nosotros lo mismo expresando el significado de nuestra vida también entregada para dar vida a otros, compartiendo su preocupación por la humanidad, hasta una entrega total.

Comulgar no es sólo recibir a Cristo, sino renovar nuestra pertenencia a la Comunidad Cristiana, la Iglesia, para vivir no como egoístas, sino como hermanos, unos al servicio de

los otros. Urge, en nuestro mundo, un gesto tan sorprendente como la novedad del amor fraterno. La Eucaristía es urgencia de caridad. No podemos comulgar con el Cuerpo y la Sangre de Cristo si no estamos dispuestos a comulgar con las necesidades, el cuerpo y la sangre, de los demás especialmente de los más pobres.

Unido a los sentimientos de gratitud por el don de la Eucaristía; de adoración reverente al Señor que está con nosotros; de fiesta y homenaje en procesiones por las plazas y calles de nuestros pueblos, como creyentes, hemos de tener muy presente compartir lo que somos y tenemos con los demás como el mejor y más auténtico gesto de adoración y gratitud a Jesús sacramentado, porque ya lo dijo El: "Lo que hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo" (Mt 25, 40).

Joaquin Obando Carvajal